

y la empresa de transporte Alosa) que aprovecha la combinación del AVE y el autobús para acercar el milagro a todos y a todos los bolsillos: a partir de 254 euros. Sólo hay que visitar cualquiera de los centros de la red de Viajes El Corte Inglés o la web www.viajeselcorteingles.es.

Vayamos por partes. Sea usted de espíritu religioso o no, y más si cree firmemente en el milagro, resulta inevitable y muy aconsejable pasear por el foco esencial de interés, que no es otro que la gruta y todo su entorno. Allí, recordémoslo aunque sea para el agnóstico recalcitrante y desorientado, tuvieron lugar en 1858 los hechos que cambiaron para siempre la vida de esta hasta entonces tranquila aldea en el cruce de los valles de Argelès-Gazost, Luz-Saint-Sauveur y Cauterets, que vivía de las carreras de mármol y pizarra de los alrededores y de los agüistas que venían hasta las próximas estaciones termales de montaña. Otro turismo del agua, mire por dónde.

Esa localidad de apenas 4.000 habitantes que acoge, hoy en día, a casi 100.000 en agosto y que llegó a alber-

gar hasta ocho millones de visitantes en 2008 (150 aniversario de las apariciones). Y que recibe cada año a millones de peregrinos, 50.000 enfermos, 80.000 voluntarios, 10.000 sacerdotes...

¿Por qué tanto interés? Pues porque en ese lugar, cerca de la gruta de Massabielle, una joven de familia humilde, Bernadette Soubirous, recogía madera cuando se le apareció una “bella dama” vestida de blanco, que ya en su decimosexta aparición (de un total de 18, entre el 11 de febrero y el 18 de julio de 1858) se presentó con el nombre de “la Inmaculada Concepción”. Las apariciones fueron oficialmente reconocidas por la Iglesia cuatro años después, cuando la gruta se ha convertido ya en santuario y las procesiones organizadas por los curas son constantes. Y cuatro años más pasan hasta que llega a la estación de Lourdes el primero de los ya incontables trenes de peregrinos, lo que significa el inicio del desarrollo espiritual (y económico, claro) de la ciudad, que ya no aldea.

Sobre aquella prístina cueva, al oeste de la ciudad, se ha ido erigiendo el de-

Cerca de la gruta de Massabielle, la jovencita Bernadette Soubirous recibió la aparición de una “bella dama” que se comunicó con ella en hasta 18 ocasiones. Se presentó más tarde como “la Inmaculada Concepción”

nominado Santuario Nuestra Señora de Lourdes, un espacio de 52 hectáreas abierto todos los días del año las 24 horas de cada día. En una de aquellas apariciones, en concreto el 25 de febrero del año en cuestión, Bernadette descubrió –indicaciones de la Virgen mediante– un manantial que estaba cubierto de barro y del que brotaría el agua milagrosa.

68 milagros reconocidos

Hay que recordar en este punto que la Iglesia ha reconocido 68 milagros; de ahí la fe en las propiedades curativas del agua de la decena de fuentes que flanquean la gruta; de ahí también el negocio anonadante de las botellitas (y garrafas) de las infinitas tiendas... Y no sólo del manantial o de las fuentes. La fe también lleva a miles de personas a bañarse en las piscinas del santuario –en la actualidad, en proceso de restauración y reubicación– en un ritual purificador siguiendo la indicación que la Virgen brindó a Bernardita: “Vaya a beber y a lavarse en la fuente” aquel día. Para los curiosos, señalar que el baño es un entrar y salir en

el agua fría, sin ropa alguna obviamente y ayudado de dos operarios. Una experiencia única, en definitiva, que debe calificarse con más exactitud usted si se decide a probar el remojón purificador.

Volviendo a la gruta, si breve es el baño en las piscinas, igual debe ser (para el turista, se entiende; el devoto ya buscará el momento para la reflexión y la oración serenas y calmadas) el paso por el interior de la cueva: un reducido espacio delimitado por una cinta para acceder, tocar la pared, santiguarse (o no) ante la Virgen y salir por el extremo opuesto. Justo encima de la gruta, y toda vez que monseñor Laurance reconoció las apariciones a Bernadette, se construyó una primera capilla, la cripta, bendecida en presencia de la propia joven antes de que se marchara a Nevers (allí sigue, si bien se especula con traerla a Lourdes).

Demasiado pequeña ante la avalancha de peregrinos, en 1871 se levantó la basílica de la Inmaculada Concepción (la “basílica superior”). De nuevo insuficiente, se construyó delante otra de estilo neobizantino, con un repertorio de

mosaicos venecianos del maestro Giandomenico Facchina y que alberga una quincena de capillas (cada una con una escena de los misterios del Rosario).

Las basílicas del siglo XIX aún se antojaban escasas ante el creciente frenesí romero y de ahí que se encargara al arquitecto Pierre Vago una nueva: la basílica subterránea San Pío X, inaugurada en el centenario de las apariciones. En forma de casco de barco volteado, se trata de una obra de ingeniería fantástica para la época –carece de columna central– y es una de las más amplias del mundo: 12.000 metros cuadrados y capacidad para hasta 25.000 personas. Abierta todo el día, los miércoles y domingos se celebra allí una misa internacional. En su altar, en la nave central, llegan a coincidir hasta cien sacerdotes; y hay una pantalla gigante con títulos en varios idiomas (español entre ellos) para las oraciones.

Impresionantes por cierto, también, debieron ser las imágenes que deparó la crecida del río Gave en junio de 2013. Las autoridades optaron por reforzar el Puente Viejo y el remedio fue peor que la enfer-

Millones de peregrinos y de turistas se acercan cada año hasta esta ciudad de los Altos Pirineos en busca del agua de sus fuentes y de un milagro. Los enfermos guiados por voluntarios son una de las estampas habituales del lugar

medad –permítase la expresión hablando de Lourdes–, pues se rompió el otro y el agua lo inundó todo: la cueva se anegó hasta dos metros de altura y en la basílica subterránea los bancos flotaban por doquier. Un desastre al que trata de poner solución el proyecto *Grotte Coeur de Lourdes*, liderado por el obispo de Tarbes, monseñor Nicolas Brouwet, que se propone restaurar todo el área de la explanada y que incluye la construcción de un puente nuevo sobre el Gave que se podrá alzar en caso de crecida.

Más ceremonias: el fuego

Al margen de la misa internacional, todos los días hay un par de marchas diarias que son toda una tradición: la procesión eucarística (a las 17 horas) y la célebre procesión mariana de las antorchas (a las 21 horas, de abril a octubre). Esta última, *Procession aux Flambeux*, reúne cuando cae la tarde a miles de personas que portan velas protegidas por un cuadrado de papel parafinado, conformando una estela de luz serpenteante desde la gruta hasta el altar del Rosario, el mismo que van rezando los peregrinos. Estos, por cierto, se agrupan en torno a sus banderas (hay que tener en cuenta que aquí llega gente de casi 150 países) mientras los turistas se entremezclan con la muchedumbre; todo en medio de un silencio y una paz conmovedoras que hacen sentir algo especial incluso al ateo.

Y es que, si el agua es esencial para entender Lourdes, no lo es menos el fuego, la luz. Hay puestos de cirios en las proximidades (también en las tiendas, por supuesto, de todos los tamaños, grosores y colores imaginables; y hasta en los hoteles, que a veces los regalan a sus clientes), sin vigilancia: se cogen y se paga la voluntad (hay un precio orientativo). Los peregrinos suelen dejar una vela encendida en la zona junto a la gruta, forma parte del ritual. Junto a esa ofrenda individual llaman la atención unos cirios descomunales (pesan entre 50 y 60 kilos, cuestan entre 600 y 800 euros, duran un año encendidos), idóneos para compartir, ya que hay expediciones de hasta 300 devotos. Sólo así se entiende la presencia de los *feutiers* (podría traducirse como *fuegueros*), personal dedicado en exclusiva a gestionar las existencias de cirios y a limpiar la cera fundida de los quemadores. Ojo: se reciclan in situ dos toneladas de cera, ¡500 al año!

Más allá del agua y la luz, más allá de la belleza –que no monumentalidad–



Panorámica de la bella ciudad de Lourdes, recorrida y dividida por el serpenteante río Gave de Pau, vista desde lo alto de la fortaleza que la domina (Le Château Fort), declarado monumento histórico.